

por la consecuencia inflexible con que sus individuos defendieron sus doctrinas. Esta fracción, confiando en la victoria de la razón absoluta, sin admitir términos medios ni adaptación transitoria á condiciones dadas y existentes, falta de sentido práctico para respetar los sentimientos y el espíritu de la gran masa de la nación, se quedó completamente aislada y sus individuos sin adquirir popularidad fueron calificados de pedantes por los reaccionarios, mientras eran para el ministerio aliados molestos y peligrosos. En aquel tiempo, á unos y otros partidos faltaba todavía el tacto político para allanar el camino de entenderse mutuamente en lugar de petrificarse en sus teorías. Durante treinta años ejerció el partido doctrinario una grandísima influencia, á menudo funesta, en los destinos de la nación francesa.

Desde las segundas elecciones de 1817 se separó de los diputados ministeriales otra fracción mas izquierdista, llamada de los *independientes*, pocos en número en la cámara pero con muchos adeptos fuera de ella, estando representada en la prensa por *Le Constitutionnel*, y despues por el *Journal de Commerce*. El jefe era Benjamin Constant, el «maestro de la libertad,» como él mismo se llamaba, porque enseñaba á la nación francesa en folletos sus doctrinas, á cuya cabeza figuraba la responsabilidad de los ministros, y las cuales con su propaganda activa se convirtieron pronto en artículos de fe del liberalismo. En la cámara, Benjamin Constant fué uno de los oradores mas temidos, no obstante sus achaques físicos, consecuencia de su vida desordenada. Cargado de deudas, jugador incorregible, escéptico y gastado, carecía de sentimientos profundos y de la respetabilidad indispensable á todo hombre de Estado. Al mismo grupo pertenecían tambien el honrado pero vanidoso y ambicioso Dupont de l'Éure, y Lafayette, genio optimista y afanoso de popularidad, con un matiz de la sensibilidad novelesca del siglo pasado, sin tener la inteligencia despejada, ni la ciencia política, ni el talento literario de Constant. «Era un marqués que se afanaba trabajosamente para ser demócrata.» De él dijo despues Carlos X: «Los únicos hombres que no han variado desde la revolucion somos yo y Lafayette.» Otro del mismo grupo era Manuel, el tipo de la clase media revolucionaria, enemigo implacable de los Borbones y temido en la cámara por la serenidad inmutable y burlesca con que recibía las muestras del odio de la derecha.

La masa del pueblo francés no tenía, sin embargo, el menor deseo de nuevas aventuras y solo pedía garantías contra las exalimitaciones de los ultras, á cuyo fin estaba dispuesta á apoyar al rey y á su gobierno contra ellos. Esto debía haber enseñado á los liberales la línea de conducta que debían seguir, pero en lugar de imitar al pueblo se dejaron arrastrar por la impaciencia, por la tendencia de extremar las cosas que está en la sangre francesa y principalmente por el deseo de obtener garantías mientras viviera el rey Luis XVIII, y adoptaron una conducta enteramente contraria, que despues produjo amargo fruto.

La primera ocasion que aprovechó la izquierda para echar todo su peso unido en la balanza fué la que presentó la discusión del proyecto de ley de imprenta, que pedía la prolongación de la censura establecida para periódicos por la ley de 1815, hasta tres años, y la supresión del jurado para delitos de imprenta. Como ambos artículos tampoco convenían, aunque por otras razones, al partido reaccionario, se vió por primera vez en Francia el espectáculo anómalo de un marido entre los partidos opuestos para combatir juntos al gobierno. La ley fué, pues, rechazada.

Tambien naufragaron los esfuerzos del ministerio para confeccionar un concordato. Desde la vuelta de los Borbones seguían entre el rey y el papa negociaciones para reorga-

nizar la Iglesia en Francia, sin llegar á ningun resultado por la terquedad de los realistas furibundos, que no querían contentarse con menos que el restablecimiento del estado anterior á 1789, con sus ciento treinta y dos obispados. A esto se opuso el cardenal Consalvi, secretario de la curia, porque el papa había consentido en la supresión de ochenta y dos diócesis en el concordato de 1801, concordato que luego se había arrepentido amargamente de haber firmado. Finalmente llegóse á un acuerdo, y el 11 de julio de 1817 se firmó un convenio por el cual se volvió á poner en vigor el concordato de 1516, quedando así anulados virtualmente el de 1801 y al mismo tiempo muchos artículos jamás aceptados por la Santa Sede de la ley orgánica de 1802. Además en el convenio se reservó al papa el derecho de restablecer, de acuerdo con el gobierno francés, las diócesis suprimidas en 1801, y se limitó la tolerancia religiosa garantida por la Carta á los asuntos puramente civiles. Poco despues, en 6 de agosto, se publicó una bula que aumentó el número de los cincuenta obispados franceses á noventa y dos, y tan grande era la inexperiencia de los franceses en materia de constitución que á ninguno de los que habían colaborado en este convenio le ocurrió que para legalizarlo era indispensable la aprobación de las cámaras. Así cuando se cayó en la cuenta había nombrado ya el papa á los nuevos obispos, de modo que no hubo mas remedio que suspender su instalación. El convenio, y mucho mas la bula, en la cual el papa dotaba los nuevos obispados con fincas, por supuesto francesas, y daba á los obispos hasta su instalación otras rentas, francesas tambien, renovando al propio tiempo sus reclamaciones sobre Aviñon y el condado Venusino, levantaron en Francia tal tempestad de indignación general que no hubo que pensar en hacer aprobar aquel tratado en las cámaras. En el año 1819, el papa, despues de largas negociaciones, accedió á la continuación provisional del número de obispados existentes, con lo cual quedó anulado el concordato de 1817, pero no pudieron anularse las dos consecuencias que había producido: el mayor alejamiento de los doctrinarios respecto del ministerio, y lo que era infinitamente mas importante, la aceleración de la corriente que desde la revolucion empujaba al clero francés por el derrotero ultramontano.

El ministerio Richelieu, tranquilo é impávido á pesar de la hostilidad de los partidos extremos, siguió observando una conducta liberal templada, con gran beneficio del país. El czar Alejandro podía mirar con satisfacción la dirección que había tomado la política en Francia, porque si bien nada había hecho absolutamente para la segunda restauración de los Borbones en Francia, debíale este país el cambio de su política al quedar predominante con la instalación de Richelieu la influencia rusa en las Tullerías y vencida la inglesa. Esto engendró vastos planes en el cerebro de Alejandro, que ya veía venir el tiempo en que la Rusia asociada á la Francia y con la cooperación de la España borbónica arrebataría á la Inglaterra el predominio en los mares.

CAPITULO III

LA PENINSULA IBÉRICA

Al concluir el período napoleónico en España, quedó esta nación profundamente desorganizada y en una situación tan embrollada que no se veía por ningunlado el medio de aclararla (1). El pueblo español, con un encarnizamiento y una tenacidad que excitaron la admiración de toda la Europa,

(1) Véase la obra alemana de Baumgarten, *Historia de España desde el principio de la Revolución francesa hasta nuestro tiempo*. Leipzig, 1865-1871, tomo II, págs. 26 y siguientes.

había luchado victoriosamente por su independencia, pero esto por odio á los extranjeros y por fanatismo, no por la libertad política, ni mucho menos por la constitución que unos cuantos liberales teóricos habían elaborado en 1812, sin que para su aplicación existiesen las premisas mas necesarias (1). La guerra había conmovido irremediabilmente en sus cimientos á la España antigua; pero en lugar de purificar y acrisolar al pueblo español, salió este de ella embrutecido, sanguinario, vengativo, sobrexcitado, y tan ignorante, supersticioso y rudo como antes. Para mayor desgracia, dió el destino envidioso á este pueblo, tan necesitado de una mano prudente que lo educara, un soberano tan indigno y despreciable como ni este siglo ni los pasados han producido otro. Fernando VII, criado entre un padre de obtuso entendimiento y una madre viciosa, mal educado por clérigos, corto de inteligencia, perverso, vengativo, cobarde, indolente y dado á los goces materiales, hizo al pueblo mas monárquico del mundo aborrecer la dignidad del trono, y accesible á las ideas revolucionarias como no lo habría podido hacer mejor el revolucionario mas consumado. El indescriptible entusiasmo con que fué recibido Fernando cuando regresó á su país despues de seis años de cautiverio, no despertó ningun eco en su corazón, que solo abrigaba propósitos de venganza porque las cortes, en atención á la pobreza del país, habían rebajado la asignación de la casa real y además decidido que el rey no fuera reconocido como tal sino despues de haber jurado la constitución. De la misma manera excitaron su odio todas las demás reformas que se habían introducido en su ausencia. Detúvose algunas semanas en Valencia, donde se le reunió un gran número de reaccionarios furibundos que le excitaron á ser inexorable, y en 4 de mayo de 1814 publicó allí mismo un manifiesto en el cual declaró abolida la constitución de 1812 y nombró presidente del ministerio al duque de San Carlos, uno de los jefes principales de los serviles. Un soplo bastó para derribar el castillo de naipes que los liberales habían levantado.

Entonces empezó una frenética persecución desencadenada contra todos los liberales. Los individuos de la regencia fueron expatriados, los jefes liberales encerrados en calabozos y los partidarios del rey José Bonaparte declarados incapaces para todo empleo y desterrados mas allá de veinte leguas de Madrid. La administración, la justicia y los impuestos, todo fué restablecido por el patron antiguo, con todos sus abusos é imperfecciones; los conventos suprimidos se volvieron á poblar, se prohibieron todos los periódicos á excepción de la *Gaceta oficial* y se restableció la inquisición, que en menos de dos años llenó sus cárceles con 50,000 infelices. Parecía aquella una danza infernal, la cual llegó á su colmo con la caída del duque de San Carlos. Entonces ya no se gobernó la España segun los principios de un partido vencedor sino que dirigió los negocios una camarilla vil, compuesta de favoritos de baja ralea y lacayos desalmados que servía al mismo tiempo que sus caprichos los de un déspota estúpido, y delante de la cual tenían que inclinarse los mismos ministros á cualquier partido que perteneciesen.

No siendo posible obtener un fallo de tribunal contra los 33 diputados á cortes encarcelados, dictó el rey á su capricho la pena que quiso aplicarles, la cual se extendió á ocho años de calabozo, con la reserva expresa de prolongar esta pena hasta que el rey dispusiese directamente la libertad de cada uno. No llegó la penetración de este rey siquiera

(1) Los legisladores de 1812 se adelantaron á su tiempo, en el sentido de que el país despues de tres siglos de despotismo había olvidado sus antiguas libertades; pero no sentaron en la Constitución principios que en general no hubieran estado en práctica antiguamente.

(N. del T.)

á asegurarse la obediencia del ejército, que olvidado y vergonzosamente descuidado, privado de sus mejores jefes, que estaban encarcelados ó en el destierro, en lugar de ser, como en todos los demás países del mundo, el sosten del gobierno bueno ó malo, reaccionario ó prudente, se convirtió en foco de las conspiraciones, en elemento principal revolucionario y por tanto en obstáculo poco menos que perpetuo para el establecimiento de un gobierno ordenado. Las primeras sublevaciones fueron organizadas en Cataluña por Mina y en la Coruña por Porlier, ambos jefes gloriosos de la guerra de la independencia. Sus empresas se estrellaron contra la indiferencia del pueblo. Mina consiguió pasar la frontera, pero Porlier pagó su atrevimiento en el patíbulo. Fernando VII quedó aterrado y aprovechó la ocasión para deshacerse de su camarilla indigna, cansado ya de ser gobernado por ella.

Todas las potencias sin excepcion desaprobaban á un gobierno tan desatentado y demente, pero siendo infructuosos sus consejos habría sido menester, para que se siguiesen, una intervención armada, empresa complicada á causa de los celos entre las potencias principales. En Madrid y Paris se entrecrocaban los intereses encontrados de Inglaterra y Rusia. Inglaterra, despues de haber contribuido en tan grande escala á librar á la España del usurpador y de la invasión francesa, y á la restauración del gobierno nacional, estaba resentida de la ingratitud con que era tratado Wellington en Madrid y del ningun caso que se hacía de sus consejos. La oposición inglesa cuanto mas tronaba en la cámara de los comunes contra Fernando VII, llamándole usurpador, infame, ente miserable y otras cosas de este género, y afectando indignación moral, pero en realidad para atacar y comprometer al ministerio Castlereagh, tanto mas firmemente cerraba en Madrid las puertas á la influencia británica y las abría á la rusa. Sin embargo, como para las intenciones del czar Alejandro ninguna utilidad tenía una España desgobernada, empezó por prestar su apoyo á las tendencias liberales. Su representante en Madrid, el diestro y emprendedor Tatischeff, supo hacerse con una aliada poderosa en la corte, que era nada menos que la misma reina, la joven é inteligente María Isabel de Portugal. Con su auxilio consiguió que fuese colocado á la cabeza del gobierno José Pizarro, el 30 de octubre de 1816, y con esto empezó á prevalecer un poquito la razón. Para aminorar las consecuencias de la bancarota nacional, que existía de hecho ya, logró el honrado ministro de Hacienda Garay, acabar con la exención de impuestos de la nobleza y del clero, respecto de este último con el beneplácito del papa, que retiró de Madrid su nuncio el intrigante Gravina, reemplazándole con otra persona mas adecuada á las circunstancias. Otros abusos inaguantables desaparecieron tambien. El gabinete inglés, para volver á ganar terreno en la corte española, apoyó las reclamaciones de esta tocante á los ducados italianos borbónicos y en virtud de sus esfuerzos se llegó, respecto de Parma y Lucca, al tratado del 10 de junio de 1817; pero el orgullo castellano, que ya había hecho á Fernando negar su firma al tratado de Viena por no haber estado representada España en el congreso, rechazó tambien el del 10 de junio de 1817, hasta que habiendo variado las circunstancias dió despues su aprobación y concedió al Austria el derecho de guarnecer la plaza de Piacenza.

Tanta altanería y humos de gran potencia se avenían muy mal con la impotencia del país, que no podía siquiera conservar sus colonias (2). España había cumplido una misión

(2) La España podía con razón ser altanera entonces, porque había enseñado á la Europa, humillada y temblorosa á los pies de Napoleón, cómo se defiende y se salva la independencia de las naciones. Por eso su exclusion del congreso de Viena no estuvo ni mucho menos justificada.

innegablemente grandiosa en el nuevo mundo introduciendo allí la civilización europea y haciendo productivas y útiles á la humanidad entera aquellas regiones vastísimas, con su sistema rigurosamente monopolizador, su tutela aristocrático-eclesiástica y la educación lenta de los indígenas, tanto de color como blancos; con la exclusión de todo extranjero, con los gobiernos cortos de sus vireyes, sometidos á tribunales para dar cuenta de su administración y conducta, con el auxilio de la Iglesia, que participaba en una gran parte de la explotación utilitaria, y con otras medidas análogas. Al advenimiento de los Borbones al trono de España llegó la hora de que en aquellas posesiones tan herméticamente cerradas al extranjero, se abrieran boquetes por donde penetró la era moderna. Con las reformas materiales de Carlos III, provocadas por el ejemplo de las colonias británicas en la América del Norte, recibieron notable impulso el bienestar y la prosperidad de las colonias españolas, mientras con la expulsión de los jesuitas quedó roto el lazo mas fuerte que las unia á la madre patria. Cundió entonces y se fué arrastrando la idea de la independencia, que se manifestó abiertamente á consecuencia de los sucesos de Bayona y del período napoleónico, durante el cual las colonias quedaron abandonadas casi completamente á sí mismas. En el año 1810, cuando España estaba desahuciada, pronuncióse la población criolla de Caracas, y el 5 de julio el congreso reunido en esta ciudad proclamó la independencia de Venezuela, la primogénita de la independencia de la América latina. Siguiéron Buenos Aires, Nueva Granada y Chile. En Méjico lucharon contra las guarniciones españolas los curas Hidalgo y Morelos á la cabeza de fuerzas indias, y en el Paraguay apoderóse de la dictadura el doctor Francia, que se sostuvo en aquel país del interior, aislado de todo el mundo, hasta su muerte. En el continente solo ondeaba la bandera española en el Perú, y desde allí las autoridades españolas, animadas con la noticia de la vuelta de Fernando VII á España, consiguieron sofocar la rebelion en casi todas las colonias. El excelente general Boves sometió con sus blancos semisalvajes primeramente á Venezuela y despues á Nueva-Granada, pero el *libertador* Simon Bolivar pudo huir al extranjero. Tambien sucumbieron Méjico y Chile. A principios del año 1816 era acatada en todas las colonias españolas la soberanía de España y de su rey, menos en los llanos del Rio de la Plata, desde donde el jefe de los insurgentes Alvear, apoyado por la escuadra mandada por el inglés Brown, conquistó el Uruguay.

Contentóse el gobierno español con este resultado, sin que le ocurriera ni remotamente que era cosa de todo punto imposible restablecer las cosas allende el Océano en su anterior estado y conservar, á lo menos sin grandes concesiones, aquellas colonias, que si bien habian sucumbido, habian probado no sin éxito sus fuerzas. Muy al contrario, cuanto mayor era la penuria del tesoro y mayor el empobrecimiento de España, mas soñaban el gobierno y el pueblo en los tesoros de América, y apenas sofocada la rebelion volvióse con mas codicia que nunca al sistema de explotación, con mas dureza que antes, porque la penuria era cada dia mayor y se agregaba á ella el deseo de venganza. De aquí resultaron crueldades sin número, en las cuales se distinguieron principalmente los generales Morillo en la Nueva-Granada y Osorio en Chile. Esta conducta provocó mas sublevaciones, que estallaron en diferentes puntos, y mas vigorosas que antes, pues que los insurrectos recibieron esta vez auxilios de los Estados-Unidos, y en mayor escala de Inglaterra y

da. En cuanto á las colonias, mientras España salvaba á los demás Estados europeos del despotismo napoleónico, estos aprovecharon las circunstancias para ayudar á la insurrección colonial. (N. del T.)

de Portugal. La república norte-americana queria aprovechar las circunstancias favorables para impedir toda nueva consolidación del dominio español en América, y el gobierno inglés, además de estar disgustado y exacerbado por la pérdida de su influencia en Madrid, tenia un poderoso interés mercantil en facilitar la independencia de las colonias españolas, con las cuales habia hecho durante las guerras napoleónicas un comercio tan extenso como lucrativo.

El Portugal hallábase desde la caída de Napoleon en una posición falsa, porque viviendo la corte en el Brasil, era gobernada la madre patria nominalmente por una regencia, pero en realidad por el jefe de la fuerza armada del reino, el lord inglés Beresford, de modo que era tratado el Portugal como colonia inglesa. Como España estaba en acecho para incorporarse este reino (1), era grande el peligro en el estado en que se hallaba, y por otra parte, si la familia real portuguesa regresaba á Lisboa, peligraba el Brasil, que se habia declarado independiente como las colonias españolas. Pero entre el Brasil rico y dilatado y el Portugal reducido y pobre, no era difícil la elección, y el rey Juan VI y su esposa Carlota, hermana de Fernando VII, se decidieron por el primero y se quedaron en América. En este estado de cosas, estaba en el interés de España y Portugal mantener relaciones amistosas y andar acordes, porque España necesitaba el auxilio del Brasil para sostenerse en sus colonias, y al mismo tiempo el cortar el vuelo á la preponderancia mercantil de Inglaterra era lo que convenia al gobierno de Rio Janeiro. A esta política natural y racional habian correspondido perfectamente los casamientos verificados, el del rey de Portugal con una hermana de Fernando VII y el de este y de su hermano Carlos con princesas portuguesas; pero en lugar de utilizar este parentesco para proceder de acuerdo se enemistaron casi á raíz de haberse efectuado las dos últimas bodas. España no quiso entregar al Portugal la plaza de Olivenza, segun habia acordado el congreso de Viena, y el rey de Portugal contestó apoderándose por sorpresa y á viva fuerza de la Banda oriental, con Montevideo, único puerto del Rio de la Plata accesible á buques de guerra, auxiliando de paso vigorosamente á los insurgentes de las colonias, que ávidamente aprovecharon esta circunstancia para sacudir otra vez en todas partes el yugo español. Los chilenos se levantaron acudillados por San Martin y O'Higgins, con el auxilio de una pequeña escuadra de guerra reunida por lord Cochrane, que se puso al servicio de la nueva república y obtuvo de ella el cargo de almirante; en Venezuela, volvió Bolivar, que habia acudido desde Haití, á levantar por tercera vez el estandarte de la libertad, y consiguió, despues de grandes reveses y con el auxilio del eminente Paez, apoderarse de Angostura, á orillas del Orinoco. Nombrado luego dictador por el congreso, despues de una marcha atrevida y feliz, pasó los Andes, venció á los españoles mandados por La Torre y llegó á Bogotá, donde proclamó la reunion de Venezuela y Nueva-Granada en una república llamada Colombia.

Esta segunda sublevación y la contienda con Portugal hicieron lo que no habia conseguido hacer la diplomacia inglesa, á saber, que comprendiese el gobierno de Madrid que sin la amistad y buena voluntad de la reina de los mares nada podia hacer ni contra el Portugal ni contra sus propias colonias insurreccionadas; pero á pesar de esta convicción, creyó el gobierno español alcanzar su objeto por medio de la Rusia en la conferencia ó comisión permanente de las potencias aliadas, representadas por sus embajadores, en la

(1) Esto era en lo que menos pensaban Fernando VII y su gobierno, si bien la Inglaterra podia recelarlo. (N. del T.)



El príncipe de Metternich

corte de París. El czar se habria alegrado de que Inglaterra se hubiese prestado á desempeñar el papel de ejecutor de las decisiones de la Santa Alianza allende los mares, pero Wellington desengañó á todos declarando que su país jamás haria semejante papel y que si España deseaba el auxilio de Inglaterra era menester que lo solicitase directamente. No hubo, pues, remedio; el gobierno de Madrid, presidido por Pizarro, tuvo que cambiar de rumbo, entrar en negociaciones directas con Inglaterra y firmar en 17 de setiembre de 1817 un convenio con esta potencia, abriendo al comercio inglés sus colonias y prometiendo abolir, desde el 30 de mayo de 1820, en todos sus dominios, la trata de negros, á cambio de una indemnizacion de 400,000 libras esterlinas. Para cruzar los planes de Inglaterra ofreció Alejandro al gabinete de Madrid por las 400,000 libras un número de buques de guerra de su escuadra del Báltico, que debian servir para la sumision de las colonias, con lo cual ya se creia en Madrid no necesitar para nada á la Inglaterra; pero el orgullo se trocó en consternacion cuando se vió que los buques tan generosamente cedidos resultaron á su llegada á Cádiz completamente inservibles. El czar, para cohonestar tan escandalosa burla, agregó tres fragatas mas, pero esto no podia cambiar la situacion, porque era un recurso insignificante. La Rusia perdió su crédito en Madrid y el czar tuvo que renunciar á sus ensueños de influencia en la península; el ministerio Pizarro cayó y España volvió á ser el caos de antes.

CAPITULO IV

AUSTRIA É ITALIA (1)

Singular contraste con las convulsiones que conmovian la Francia y la España, y que pronto se extendieron á Italia, como veremos luego, formaba la quietud y petrificacion del imperio austriaco. Desde que se habia levantado en 1809 contra Napoleon para quedar luego vencido, la paralización exterior se habia comunicado á la vida interior, y como remate, habian arruinado y desconcertado á los pueblos austriacos la bancarota del gobierno en 1811 y el repentino casamiento de una archiduquesa austriaca con Napoleon, seguido del cambio correspondiente en la política extranjera. La participacion del Austria en la guerra contra Napoleon no fué obra del patriotismo, sino resultado del cálculo político de Metternich, el director intelectual del imperio austriaco.

Desde el año 1813 adquirió este hombre de Estado en poco tiempo una fama colosal en la sociedad política europea. Sagaz y prudente como pocos, de una amabilidad fascinadora, de tacto seguro y trato facilísimo, nada escrupuloso en punto á moral ni en asuntos pecuniarios, de instruccion superficial ó rutinaria, consiguió resultados brillantísimos en política, y con razon consideraba el estado político creado por el congreso de Viena como obra personal suya, en la cual habia arrebatado á la Prusia el fruto de sus esfuerzos y sacrificios, se habia opuesto con singular resultado á la concupiscencia rusa y habia arreglado la Italia y la Alemania á su gusto. A la conservacion de este arreglo dedicó el resto de su vida y de allí no pasó. Jamás le ocurrió la idea de que las colectividades humanas, las naciones, son organismos que nacen, crecen y se desarrollan; toda su política era esencialmente conservadora sin ninguna idea nueva ni creadora: la que formaba el fondo, aunque vago, de su sistema era un recuerdo de la posicion gloriosa de la casa de Habs-

burgo cuando sus miembros reinantes ceñian la corona del imperio de Occidente y su lema era: *Austrie est imperare orbi universo*, ó abreviado: *A. E. I. O. U.* Pozzo di Borgo decia de Metternich que queria hacer del Austria el planeta al cual sirviesen las demás potencias de satélites.

Su carácter no era á propósito para echar sobre sus hombros la pesada carga del gobierno interior con todos sus pormenores laboriosos, y como hemos dicho, le faltaba la inteligencia para descubrir y emplear con estudio y acierto los medios de desarrollar la prosperidad y bienestar interior del Estado y de los pueblos; su especialidad exclusiva era la política exterior, la diplomacia. Su ignorancia de la relacion mútua entre las fuentes de la riqueza interior y del poder exterior fué la causa del mal éxito de tantos planes suyos, y si á pesar de todo ejerció durante mas de treinta años una influencia casi inaudita en la política general de Europa, no lo debió solamente á sus cualidades personales, á su sagacidad natural para descubrir los flacos de otros y hacerlos servir á sus planes, á su disimulo imperturbable, que le dió una ventaja grandísima sobre los genios menos dueños de sí, ni á su incomparable don de resignarse al instante á todos los reveses, sino tambien al profundo y general deseo de reposo que caracterizó su época y al cual correspondieron perfectamente su sistema y su carácter quietistas.

Por otra parte, debió Metternich su posicion firmísima en Austria á la perfecta armonía que existia entre su índole y la del emperador Francisco. Eran dos naturalezas afines y donde discrepaban se completaban en lugar de producir disonancia. El desarrollo físico é intelectual del emperador, en extremo lento cuando jóven, nada habia presagiado á los que le rodeaban (2), y sentado en el trono no supo salir del angosto círculo intelectual de un empleado subalterno, pedantesco y petrificado. Ninguna capacidad tenia para concebir las cosas desde un punto de vista elevado y propio de hombre de Estado, ni menos comprendia intereses ideales.

Como Metternich, tenia aversion á los caracteres varoniles, vigorosos é independientes. Miraba con recelo á sus propios hermanos, con excepcion del archiduque Luis. La compañía que mas le gustaba era la de personas de clase baja, y aun de conducta poco limpia, que cuanto menos dignas eran de sus favores mas motivos tenian de doblarse á su voluntad y serle adictas. En la clase baja del pueblo vienés adquirió gran popularidad con su aire bonachon y sus salidas vulgares; pero debajo de estas apariencias se ocultaba un corazon egoista é insensible que se reflejaba en la direccion de los negocios públicos. Creia que el Estado no existia sino para él, y consideraba como la primera virtud de todo súbdito, y mas de todo funcionario, la obediencia ciega. Así tomó toda la administracion el sello del carácter personal del emperador, es decir, de una máquina que funciona con grandísimo estrépito pero que nunca se mueve de su sitio, como ha dicho un autor. Metternich tampoco vió ni la necesidad ni la oportunidad de pensar en reformas; para él, segun se expresó en una memoria de 27 de octubre de 1817, que se encontró entre sus papeles, «la máquina del Estado estaba fundada sobre principios tan claros y tan justos, que bien mirado nada habia que cambiar.» A pesar de esto, recomendó en el mismo escrito no extremar la centralizacion, y á la sombra de un gobierno central vigorosísimo y bien organizado hacer alguna concesion á aquellos territorios del imperio que por el idioma, el clima y los usos consagrados se distinguian de los demás. El resultado de esta memoria fué la creacion, para

(1) Véase Springer, *Historia de Austria desde 1809*, obra alemana, tomo I, págs. 108 y siguientes.

(2) Véase, además de Springer, tomo I, pág. 109, la obra alemana de G. Wolf: *Austria y Prusia desde 1780 hasta 1790*, pág. 123 y suplemento III.